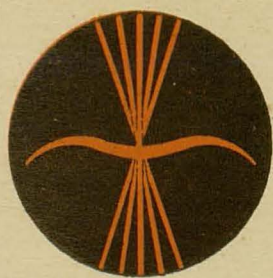


EDICIONES ESPAÑOLAS · S · A · SEVILLA

CANCION DE
LA FALANGE



CANCION DE LA FALANGE

TEXTOS DE AGUSTÍN DE FOXÁ

ESTAMPAS DE C. SÁENZ DE TEJADA



EDICIONES ESPAÑOLAS S. A. SEVILLA

CANCION DE LA FALANGE

TEXTOS DE AGUSTIN DE FOXA
ESTAMPAS DE C. SÁENZ DE TEJADA

EDICIONES ESPAÑOLAS A SEVILLA

CÓMO NACIÓ LA CANCIÓN DE LA FALANGE



A echábamos de menos al final clamoroso de todos los mítines, cuando la voz de José Antonio se apagaba entre aplausos.

La presentíamos, casi la amábamos sin conocerla. Varias veces le habíamos dicho al jefe al terminar un discurso:

—Figúrate cómo prolongaríamos la emoción, si una Banda nuestra tocara ahora una canción de guerra.

El nos tranquilizaba:

—Os prometo que tendremos una canción pronto.

José María Alfaro, poeta de las primeras horas de la Falange, componía y destruía estrofas. Era uno de los más entusiastas de la idea. Nos leía trozos revueltos con estrofas imperiales. ¿Te acuerdas, José María, de aquella que escribiste, de amarga profecía, que yo quise incorporar a nuestro himno no nacido?

«¿Dónde está el Capitán?... Nadie lo sabe;
Del Arlanzón al Duero se ha perdido».

En la casa del Marqués de Bolarque, en aquel cuarto de música de suave penumbra con exangües mascarillas en yeso de los grandes maestros alemanes, se tocó una tarde una canción alegre y decidida. Días después fuimos a cenar con José Antonio a «Or-Kompón», restaurante vasco situado en la calle de Miguel Moya.

Era una especie de cueva con acuarelas de Guipúzcoa en los zócalos, carros de bueyes rojos con lana sobre el testuz, caseros de boina, frontones, maizales y curas con paraguas bajo los cielos plomizos de Loyola.

Estábamos, además de José Antonio el maestro Juan Tellería, Luis Bolarque, Don Pedro Murlane Michelena, Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Agustín Aznar y Dionisio Ridruejo.

El tema de la conversación aquella noche fué el teatro y la música. Se comentó «El joven piloto», zarzuela de Luis Bolarque y de Jacinto Miquelarena.

Había gran jaleo de vasos; los mozos trajeron chacolí, sidra y bacalao; alguien dijo:

—Vamos a hacer una sangría.

Después de la cena el maestro se puso al piano. Tocaba pasodobles y tangos.

—Oye; toca eso que hiciste el otro día.

Sonó una música enérgica, alegre y guerrera.

—¿Te gusta, José Antonio?

—Está bien. ¿A ver cuántos poetas hay aquí?

Nos contó, añadiendo:

—Vamos a hacer un himno para que lo canten los chicos.

Un mozo trajo unas cuartillas y nos desperdigamos por las mesas.

Bolarque, con su fino oído musical, hacía los «monstruos», es decir, las estrofas sin sentido que llenaban la música y que luego había que sustituir con otras poéticas. Recuerdo que uno de ellos era:

«Adiós, adiós, el Capitán se va»,

hecho, sin duda, bajo la influencia de la desoladora estrofa de José María que ya hemos citado.

Trazó el plan José Antonio.

—Nuestros muchachos exigen una canción alegre, de guerra y de amor, pero exenta de odio. No ha de ser ni engolada ni solemne. En la primera parte debemos hablar de la novia; luego, de la muerte, haciendo una alusión a la guardia eterna en las estrellas, y después algo sobre la paz y sobre la victoria.

Con su voz caliente, un poco nasal, nos recitó media estrofa que ya traía pensada:

«Traerán prendidas cinco rosas,
Las cinco flechas de mi haz».

El músico, despeinado, golpeaba las teclas. Yo escribía en una mesa entre las migas de pan y las peladuras en espiral de la fruta. Quise poner un arranque brioso.

«De cara al sol con la nueva camisa
Que me bordaste ayer».

José Antonio y Rafael hicieron algunas modificaciones. Se suprimió la preposición «de» y se puso «camisa nueva» por necesidades de la rima. En el segundo verso se añadieron las palabras «tú», que daba energía y perfilaba la idea de la novia, y «en rojo» porque resultaba corto este verso.

Hubo una larga pausa. Todos meditaban sobre las cuartillas y algunos mordían el lápiz y miraban al techo. Al fin se nos acercó Dionisio Ridruejo leyéndonos un papel arrugado. Había modificado una idea y un verso de José Antonio y añadido un verso completo.

«Volverán banderas victoriosas
Al paso alegre de la paz».

No fué tan fácil capturar el adjetivo «alegre». En los primeros papeles (que Bolarque conservó hasta la revolución) aparecían tachados los adjetivos «recio» y «fuerte».

No recuerdo exactamente quién lo propuso. Únicamente sé que,

cuando quedó flotando en el aire, hicimos el ademán de cogerlo con la mano. Eso era. Alegre tenía que ser el paso de la paz.

José Antonio gritaba:

—Eso, eso es, magnífico.

Aznar, que vigilaba la puerta, preguntó por José María.

—Está arriba en la barra. Voy a buscarle.

No salía la segunda estrofa. A mí me resultaban barrocos todos los intentos basados en centurias formadas sobre nubes y desfiles pálidos de muertos.

Bajó José María y nos recitó la estrofa de la sonrisa de la primavera.

«Volverá a reír la primavera
Y será la vida, vida nueva».

Eran las dos y media de la madrugada. Encendí un pitillo; algunos querían marcharse, pero Agustín Aznar vigilaba la puerta.

—De aquí no sale nadie.

Campanudo y taciturno, Don Pedro Murlane, el canciller, como le llamaba José Antonio en las cenas de Carlomagno, tachaba con una línea de lápiz el segundo verso, que ya no iban a repetir los camaradas, y escribía con letra menuda encima unas palabras. Preguntó:

—¿No os gusta más esto?

«Que por cielo, tierra y mar se espera».

Todos aprobamos unánimes y le felicitamos.

José María Alfaro acababa de encontrar la gran palabra decisiva, la promesa del amanecer de España. Escribió al lado de José Antonio:

«¡Arriba, escuadras, a vencer,
Que en España empieze a amanecer!»

Impaciente, propuso Bolarque:

—Aunque el himno esté incompleto, vamos a cantarlo.

José Antonio se frotaba infantilmente las manos y nos agrupamos todos alrededor del piano.

Se abrieron los primeros compases. Comenzamos a cantar. La música sonaba vibrante; eran voces juveniles que invocábamos a la muerte y a la victoria; nos poníamos firmes inconscientemente y levantábamos el brazo.

Era que estaba allí el himno arrebatándonos, sorprendiéndonos a nosotros mismos, vivo ya, independiente, desgajado de sus autores.

En los ojos de José Antonio brillaba una luz de entusiasmo velada por una ligera tristeza. Le parecía escuchar en la apartada calleja las pisadas rítmicas de sus camaradas que marchaban hacia un frente desconocido. Y se imaginó a sus mejores, pronunciando moribundos en la tierra, en el mar y en el aire, aquellas palabras que hacía unos minu-

tos sobre el papel no eran nada y que ya no pertenecían a los poetas. Comentaba José Antonio, todavía enardecido:

—Ha quedado estupendo.

Añadía:

—Le haremos cantar en la calle de Alcalá con acompañamiento de pistolas.

Exaltábase Rafael:

—Esto es lo bueno, lo popular, los consonantes fáciles: «lleva» con «nueva».

Aludía a los dos versos de la primera estrofa.

Flotaba sobre las mesas el humo denso de los pitillos. Salimos de «Or-Kompón». Hacía frío aquella noche. Subimos por Alcalá, entre faroles, levantándonos los cuellos de los abrigos.

Al día siguiente en el despacho de mi padre —espadas, cotas de malla, viejos libros ilustrados por Gustavo Doré—encontré yo la estrofa de los caídos. José Antonio había interpretado poéticamente el más allá por medio de las estrellas. Fui fiel a su idea; pero, por razones métricas, escribí, en lugar de estrellas, «luceros». Me quedó así la estrofa:

«Si caigo aquí, tengo otros compañeros
Que montan ya la guardia en los luceros,
Impasible el ademán,
Y están
Presentes en nuestro afán».

Fui por la noche a buscar a José Antonio y se la leí. Como la estrofa resultaba corta con relación a la música, añadí él estos tres versos:

«Si te dicen que caí,
Me fui
Al puesto que tengo allí».

Le hice un reparo.

—Dos veces «caí» no me gusta.

—Tienes razón.

Entre los dos la modificamos y escribimos:

«Formaré junto a mis compañeros,
Que hacen guardia sobre los luceros».

Acabábamos de hacer la Canción de la Falange. Bajamos los dos por la calle de Olózaga y me despedí de José Antonio. Tardé varios días en volverle a ver. Por la Gran Vía pasaban grupos de gentes que salían del «Cine» Avenida donde acababa de estrenarse la película titulada «La Bandera».

Había neblina en torno de los faroles.

Todo esto sucedía exactamente el 4 de diciembre del año 1935.

A G U S T Í N D E F O X Á



Antes de ir al trabajo,
riendo espaldas, solitos al
campo. Nos quedaba
Antes de ir al trabajo,
riendo espaldas, solitos al
campo. Nos quedaba
Antes de ir al trabajo,
riendo espaldas, solitos al
campo. Nos quedaba

Cara al sol con la camisa nueva



Corta al sol con la camisa nueva

E

l sol es la norma y la medida, lo disciplinado y lo exacto.

Rutilación, fuerza, vida... Por eso la Falange, que no es romántica, sino clásica, comienza su canción bajo el signo de lo preciso.

El sol es el símbolo de nuestro estilo directo, ardiente, impetuoso. Nosotros lo hacemos todo a la luz del sol, y así se va a la guerra, con el sol en la cara, sin parpadear; así miramos también a la Historia de España, deslumbrándonos.

Atravesando brumas, rompiendo espinos, salimos al campo. Nos guiaba José Antonio. El traía, buscando la luz, su antorcha viva, resinosa, chisporroteante en medio de la gran noche. Su consigna era alegre y resuelta: «Cara al sol con la camisa nueva»...

Y con la camisa azul recién estrenada, como quien va a fiestas de bodas y bautizos, fuimos a los trigales, a las trincheras.

Porque en las cimas había rocas de escarcha para clavar la bandera de carbón y de sangre de la Falange, de cara al sol.



C.S. de Tejada



1

Que tú bordaste en rojo ayer



Que tú perdaste en rojo ayer

L

A novia, en la Falange, es una alegre camarada que no adormece al varón

con vulgares cuidados, sino que le intranquiliza por ambiciosos sueños; que no le acobarda, sino que le impulsa, que se injerta en su ideal, lo comparte y facilita la victoria.

Por eso, en la canción, ayer mismo la novia nos bordó las flechas que aún guardan el perfume de sus manos. Con ellas sobre el pecho se va alegre al combate, porque son como la sombra de sus cinco dedos acariciándonos el corazón.

Y junto a la novia de nuestra canción, nos acompaña el recuerdo ternísimo de otra mujer callada y grave, que no borda, que reza. Es la madre.

Pasado y futuro del camarada que lucha. Allí están las dos mujeres que endulzan y ennoblecen la vida del hombre. Mientras una borda el signo glorioso de las flechas y el yugo, la madre española reza.

En esta estrofa de la canción, la Falange canta el amor en «limpio vaso».

En el silencio de la casa, vacía de hombres, la novia y la madre esperan.





Me hallará la muerte si me lleva
Y no te vuelvo a ver.



Y no te vuelvo a ver.
Me hallaré la muerte si me lleva

C.S. de Tejada

L

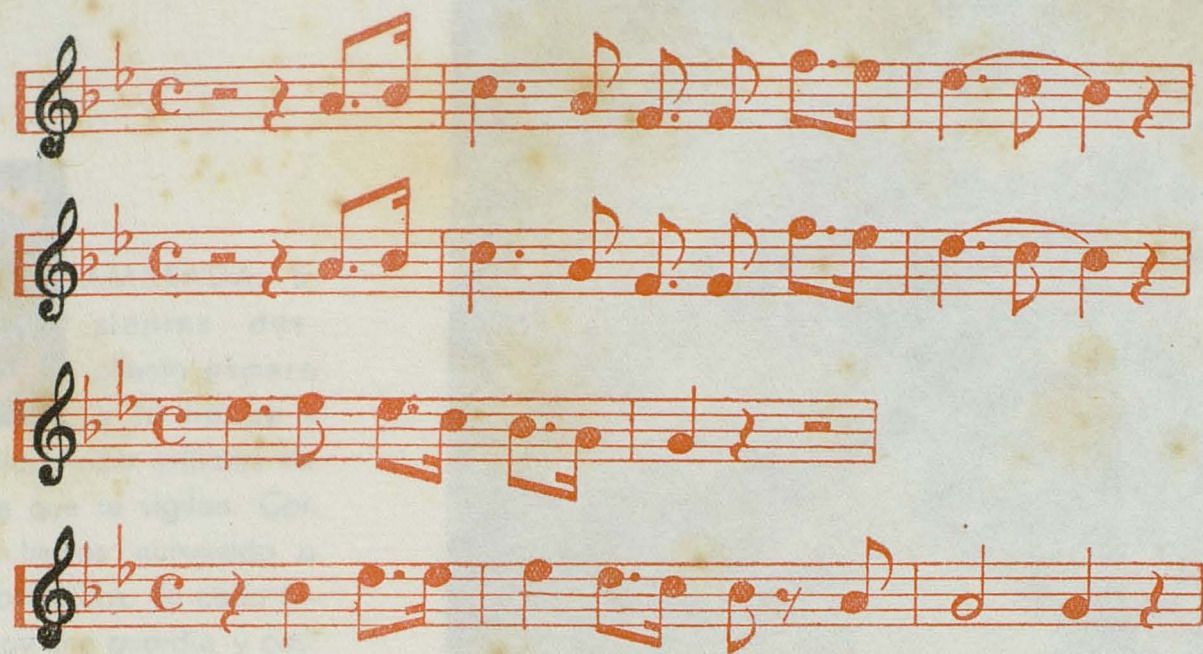
A Falange, aunque es alegre, no olvida la muerte. Allá está detrás de las esquinas, en el parapeto, acechando. Como enamorados, los falangistas y la muerte se dieron cita desde los primeros días.

¡lejanos inviernos madrileños! Cielos morados abatidos sobre los cipreses; muchas veces vimos a José Antonio detrás de un ataúd bajo una bóveda de brazos en alto.

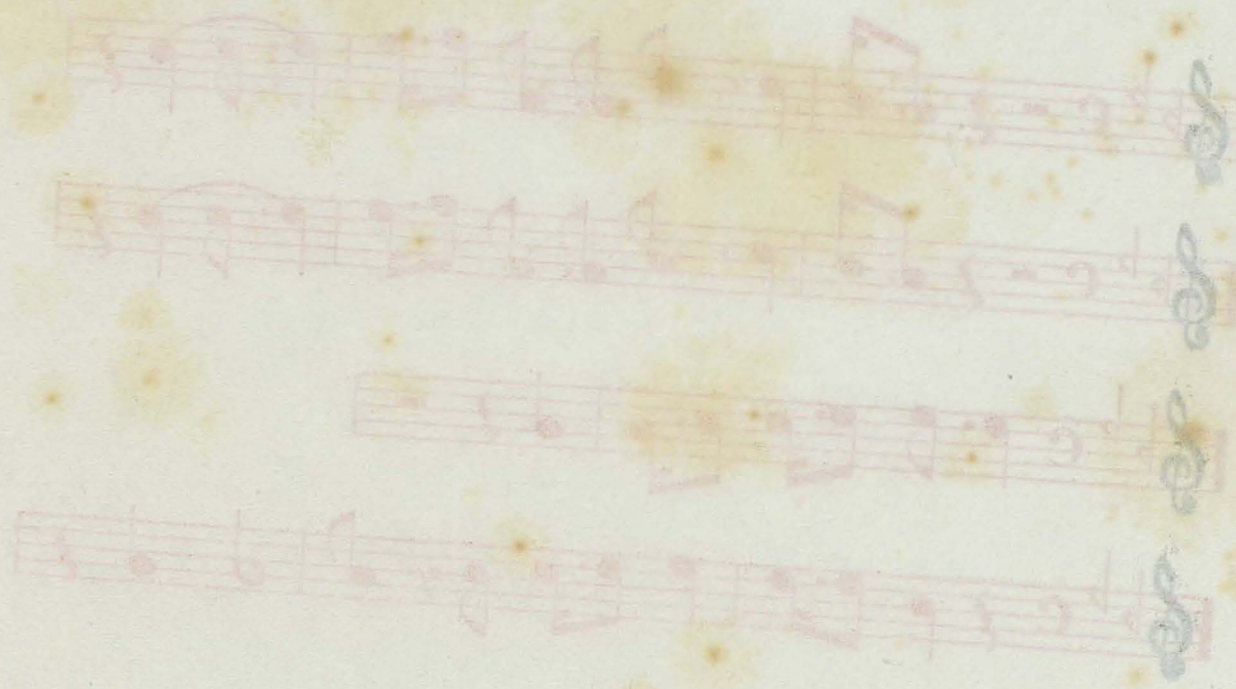
El falangista aguarda la muerte con alegría y conformidad. No la desea, porque la vida es una cosa demasiado profunda para perderla sin dolor. José Antonio lo dijo en momentos bien trágicos: «La vida no se puede quemar alegremente como un castillo de fuegos artificiales».

El héroe no desea la muerte con vehemencia de suicida. La acepta sencillamente como un simple acto de servicio. Porque el sentido militar de la Falange es resuelto ante la muerte y no duda en ofrecer la vida por la salvación de su Patria.

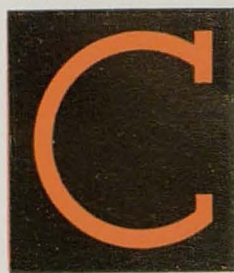




Formaré junto a los compañeros
Que hacen guardia sobre los luceros,
Impasible el ademán,
Y están presentes en nuestro afán.



Formaré junto a los compañeros
Que hacen guardia sobre los luceros,
Imposible el adormir,
Y están presentes en nuestro alán.



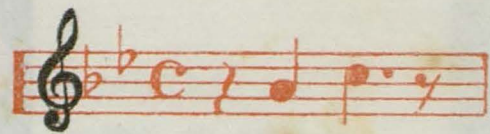
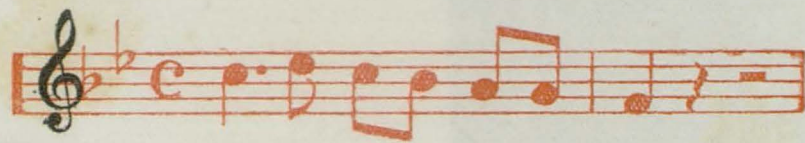
AMARADA: Si sientes desaliento espera a la noche y

verás fosforecer millares de luceros que te vigilan. Con astros hemos numerado a nuestros caídos. En cada lucero hay una guardia y casi faltan estrellas.

Por las noches, atravesando los espacios, nos llega el misterioso mensaje de los que emprendieron el viaje sin retorno. Cada temblor de los luceros es como un latido.

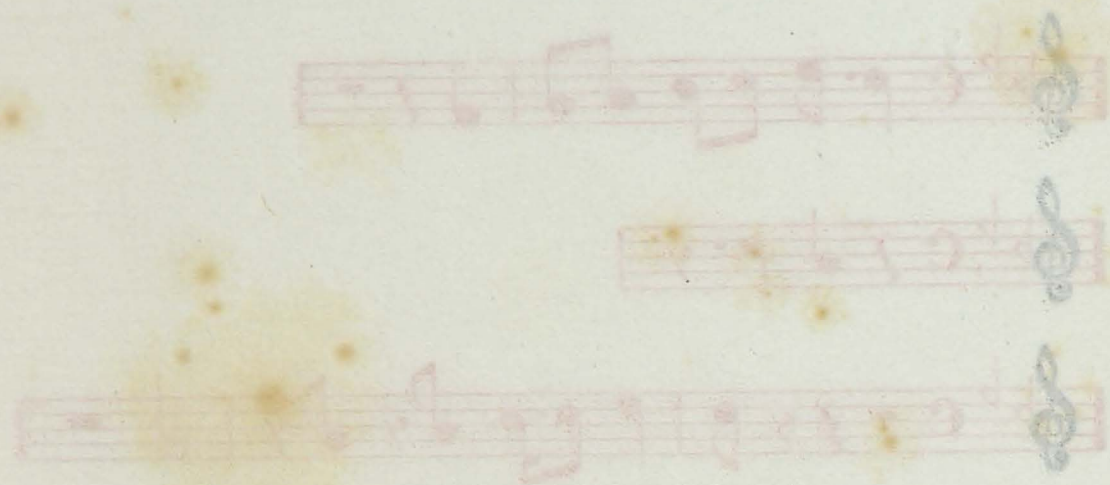
No será posible ni traición ni flaqueza con estos muertos luminosos sobre nuestras cabezas. Vivaques resplandecientes de las constelaciones, donde por siempre y para siempre los soldados de la Falange, con el ademán impasible de los que están ya por encima del dolor y de la angustia, montan la amorosa guardia de España. Castillos infinitos de luz, escalados en el asalto glorioso y definitivo de la vida, cuando el guerrero, a la par que rescataba tierra de la doliente y eterna España, ascendía a la inmortalidad luminosa de nuestro cielo.





Si te dicen que caí,
Me fuí
Al puesto que tengo allí.

Al puesto que tengo allí.
Me fui
Si te dicen que cal,



PRESENTES, ac-

tuantes, en estre-
cha relación con
nosotros, están
nuestros muertos. Se ha caí-
do sencillamente para cam-
biar de guardia, como si se
nos hubiera trasladado a
otro sector.

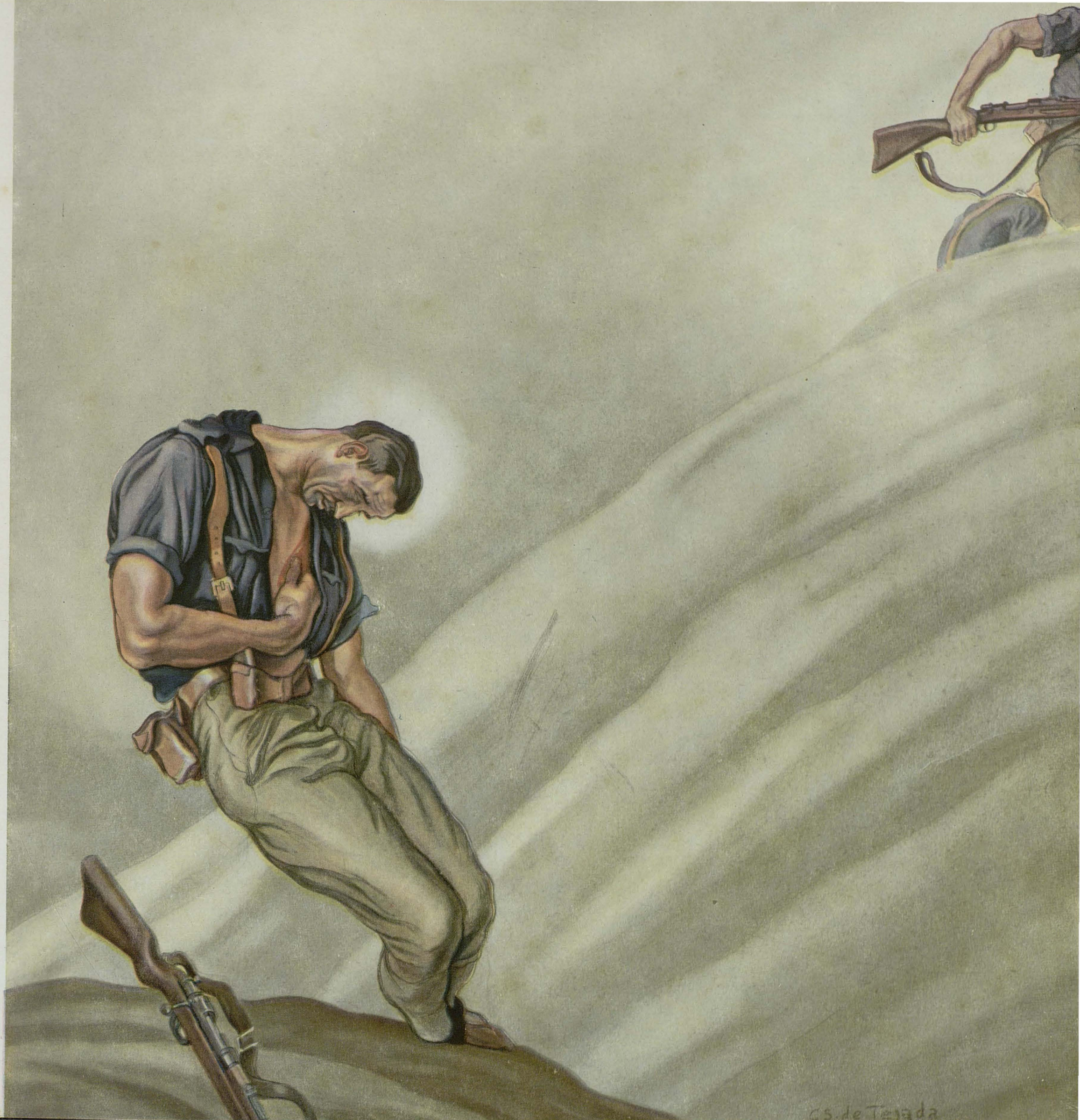
Porque allá, pasadas las
nubes, hay también un pue-
sto de honor.

Consoladora estrofa. Los
caídos, en realidad, se han
levantado a las cimas más
difíciles. Al otro lado de la
vida, nuestras escuadras son
acaso más numerosas que
sobre los campos de España.

Cuando la muerte ha sido
trágica o enfática, José An-
tonio, con esta estrofa senci-
llísima, transforma sus mili-
cias terrestres en centurias
mandadas por rutilantes ca-
pitanes.

¡Secad las lágrimas y le-
vantad el corazón! Antes
de partir os dijeron de una
manera precisa a dónde
iban.

Os aguardan en los pra-
dos del silencio, adonde les
llega el eco de los coros
gloriosos.





Volverán banderas victoriosas,
Al paso alegre de la paz

Al paso alegre de la paz
Volverán banderas victoriosas,



V

ERSOS de pro-
fecía.
El poe-
ta tie-

ne algo de adivino, y
así, en medio de la ciudad
hostil, José Antonio presentía
la espada vencedora de
Franco.

Ya se despliegan las invic-
tas banderas. Algunas servi-
rán de sudario, pero otras,
izadas por brazos robustos,
se agitarán alegres en el
vendaval metálico de las ba-
tallas. Harán de ellas jirones
las granadas, las inflarán las
hélices de los trimotores y se
mojarán en la espuma de los
combates navales.

Algún día volverán las
banderas victoriosas. Pasea-
rán por las calles de las ciu-
dades reconquistadas. Empu-
ñará Franco la primera sobre
el blanco caballo de las
marchas triunfales, y pasarán
las otras alzadas sobre las
boinas rojas de los requetés
de Navarra, sobre los falan-
gistas de Castilla y del Sur,
los capitanes laureados, y
los veteranos soldados in-
vincibles conducidos al com-
bate y a la gloria por el re-
cio mocerío de los alféreces
provisionales.

Y con ellas vendrá la vic-
toria gloriosa y la alegría de
la paz.





Y traerán prendidas cinco rosas,
Las flechas de mi haz.



Las flechas de mi haz.
Y traerán prendidas cinco rosas,

L

A victoria se ha conseguido con dolor.

El dolor da paso a la vida: la tierra debe ser rota para que rinda sus cosechas. Esas cinco rosas florecieron en las heridas de nuestros camaradas.

Angulos dorados en las mangas de nuestros soldados, que son los entorchados del sufrimiento y del heroísmo. Brazos nervudos, endurecidos en la lucha, que saben mantener enhiestas las banderas. Era preciso este dolor para cimentar en roca el edificio del Imperio.

Junto a las banderas que vuelven, van las cinco rosas prendidas, símbolo de la sangre generosa y fecunda.

¿Y tú no las verás, José Antonio?

Tú las verás siempre con los ojos vivos del espíritu, mientras arrulla tu tumba la canción mediterránea, el mar soviético de tu agonía, el mar latino de tu resurrección.





Volverán banderas victoriosas,
Al paso alegre de la paz

Al paso alegre de la paz
Volverán banderas victoriosas,



L

A guerra es como
un largo invierno.

Con la paz y con
la victoria volverá esa pri-
mavera simbólica sobre las
tierras de España.

Primavera militar y civil,
primavera de los fuertes.

En el lirismo de esta es-
trofa hay todo un programa
de honor nacional. Seremos
fuertes en la tierra, en el
mar y en el aire. Los tres
elementos serán dominados
por nuestra bandera.

Han pasado los veranos
disgregadores y perezosos
de nuestra decadencia, los
tristes otoños nostálgicos
del liberalismo romántico,
los crudos inviernos mosco-
vitas del marxismo asiático.

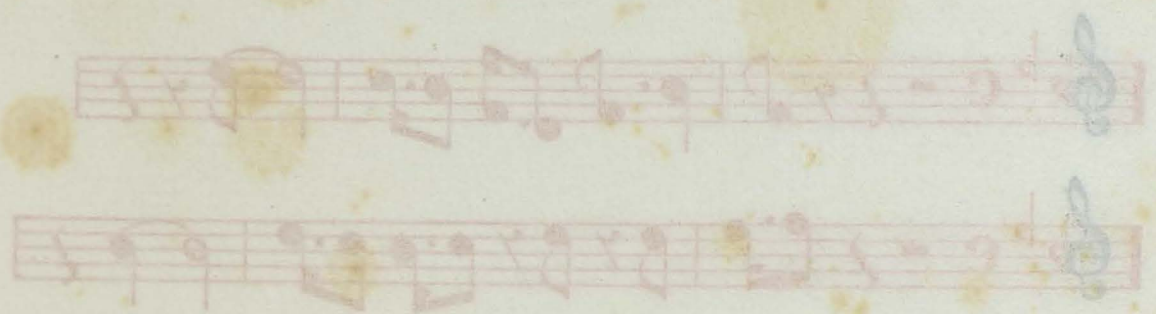
Vuelve la primavera de
España. Y viene con su son-
risa, recortando nuevas ro-
sas, abrigando las alas
de los pájaros y plateando
las escamas de los peces.

Ha llegado la primavera.





¡**A**rriba, escuadras, a vencer,
Que en España empieza a amanecer!



Que en España empieza a amanecer!
¡Arriba, escuadras, a vencer!

V

AMOS a la
victoria con
Franco. Se rin-
den pueblos y

ciudades. Tras nuestra vic-
toria va nuestra doctrina
articulada en la fortaleza de
la pura ley y en la gene-
rosidad de nuestro sentido
social y cristiano. Y en la pun-
ta de la espada fulguran im-
perativos nuestros 26 puntos,
que transformarán a España.

Se presiente la aurora. Ya
amanece sobre las trinche-
ras. Estamos clavando sobre
el cielo un sol ardiente, aquél
que siempre alumbró tierras
españolas, desde las dunas
de Flandes a las palmeras
del Trópico.

Un tropel marcha hacia el
amanecer del Imperio. Todos
llevan las manos extendidas.

Como en el poema del Cid,
por el cielo ya quiebran los
albores, y en la fresca brisa
matutina España desnuda su
espada, cabalga por Casti-
lla como Rodrigo, y mira sin
pestañear a los caminos del
mundo, de los cuales se
desvanecen ya los oscuros
mantos de la noche.

En el silencio de nácar del
paisaje, se oye una potente
voz que da el triple grito:

**ESPAÑA UNA,
ESPAÑA GRANDE,
ESPAÑA LIBRE,
¡ARRIBA ESPAÑA!**



